



BOLETIN ECLESIASTICO

DEL

OBISPADO DE PLASENCIA.

Esta publicacion oficial tiene por objeto el facilitar el gobierno de la Diócesis. Saldrá dos veces al mes, en los dias que disponga el Prelado. Se harán las suscripciones en la Secretaria de Cámara á DIEZ REALES cada semestre adelantados, y tambien las reclamaciones de los números que no lleguen á su destino.

CONTINÚA LA CARTA

AL VIZCONDE DE LA GUÉRONNIERE.

por

EL OBISPO DE ORLEANS.

Pero aun vais mas lejos al lanzar tal acusacion: olvidais vuestras propias palabras; olvidais que habeis dicho que esa cuestion «alarma las conciencias, y toca á lo que hay de mas vivo y mas profundo en la humanidad.» Y como si nosotros pudiéramos permanecer extraños á esas «conciencias alarmadas,» y pudiéramos

permanecer indiferentes á «lo que hay de mas vivo y mas profundo en la humanidad,» solo os figurais ve en nosotros á víctimas ó instrumentos políticos.

No; todo lo que en este punto tratais de decir, solo prueba una cosa: que esa gran cuestion de Roma tiene el privilegio de dejar sin tranquilidad lo mismo la conciencia de sus amigos que la de sus adversarios.

¿Acaso en 1848 y 49 no visteis tambien entre todos los católicos, y aun entre nuestros hermanos separados en plena Asamblea nacional, las mismas reclamaciones y la misma alarma?

II.

Con la guerra de Italia se inaugura otra situacion formándose un numeroso partido, porque se componen de toda la Iglesia de Francia, partido que reúne, á sus sinceras simpatias por la Italia, el ardiente voto de que sea respetado el poder del Papa. En ese partido figuran todos los Cardenales, todos los Obispos, todos los sacerdotes, todos los católicos, sean cualquiera los matices que por otra parte los dividan; y figuran tambien todos los hombres de algun valer, porque saben todos cuán superior es el interes de mantener independiente el primer poder espiritual de la tierra; porque saben tambien que ser soberano es, para el Papa, el solo medio de no ser súbdito.

Todas esas voces que se han unido á las nuestras os molestan, y por eso hablais de coaliciones entre los hijos de los Cruzados y los hijos de Voltaire.

«Pero ¿cómo, si vos mismo decís que «todo lo que se refiere á la independendencia espiritual del jefe de la Iglesia adquiere un carácter de universalidad;» y si, como lo decís tambien, «la independendencia temporal del Papa es una *garantía* del poder espiritual;» pero cómo, digo, os admirais de buena fé, á causa de las simpatias universales que encuentra la causa del Papa, de esa explosion de elocuentes escritos que se ha visto en todas partes, de esas voces valerosas de publicistas, de filósofos, de hombres de Estado que, con la noble elevacion de su inteligencia, y con la noble firmeza de su conciencia, han hablado como los Odispos?»

¿Deberemos creer que nos hallamos en un tiempo en que ya no se aprecia mas la honradez ofendida y la noble firmeza de las conciencias libres, que la inquietud filial y las enérgicas protestas de la fé.

Porque, lo digo: para hallarse en esta ocasion con el Papa y los católicos, no es necesario ser cristiano; basta con ser hombre honrado.

Y ¿quien fué el jefe de este inmenso partido? El mismo Emperador. Antes de ir á Italia, S. M. hizo oír estas solemnes palabras:

«No vamos á Italia á fomentar el desórden, ni á despojar á los soberanos, *ni á conmover el poder del Santo Padre* á quien hemos devuelto su trono.»

Y dijo tambien: «el objeto de la guerra es hacer á la Italia dueña de sí misma, *y no hacerla cambiar de dueño.*»

Y de nuevo, despues de la guerra para tranquilizar por tercera vez á las naciones católicas alarmadas, el Emperador, al abrir la sesion legislativa, repitió esta declaracion: «Los hechos habian altamente por sí mismos. Once años hace que sostengo en Roma el poder del Santo

Padre, y el pasado es una garantía para el porvenir.»

Tales son las declaraciones del Emperador. Oigamos también las de su gobierno.

El ministro de Cultos, aun después de las palabras del Emperador, creyó deber dirigir una circular especial á todo el episcopado, con el objeto de *ilustrar* al clero sobre las *consecuencias* de una lucha ya inevitable. ¿Que decía esa circular?

«Es la voluntad del Emperador fundar sobre bases sólidas el orden público y el *respeto á la soberanía de los Estados italianos.*» Y añadía:

«El príncipe que volvió al Santo Padre al Vaticano QUIERE que el jefe supremo de la Iglesia SEA RESPETADO EN TODOS SUS DERECHOS DE SOBERANÍA TEMPORAL.»

Las promesas y los compromisos contraídos con el episcopado y ante el país, fueron confirmados con mayor energía aun en el seno del Cuerpo legislativo por el presidente del Consejo de Estado.

En la sesión del 30 de Abril de 1859, un diputado temiendo «que los acontecimientos no marcharan más de prisa que las órdenes de la Francia,» manifestó el deseo de que «el gobierno declarara habia tomado todas las precauciones necesarias para garantizar la seguridad del Santo Padre entonces, y la *independencia* de la Santa Sede en lo porvenir.»

«NO ES POSIBLE NINGUNA DUDA SOBRE ESE PUNTO,» respondió el presidente del Consejo de Estado. «El gobierno tomará todas las *medidas necesarias* para que la *seguridad y la independencia* del Santo Padre sean garantidas (1).»

(1) Extracto oficial de la sesión de 30 de Abril de 1859

Un año después, en la sesión del 12 de Abril de 1860, M. Baroche repetía testualmente esas palabras, añadiendo con gravedad:

«No fueron ligeramente pronunciadas (2).»

Y para probarlo, el presidente del Consejo de Estado presentaba de nuevo, en los términos categóricos que va á verse, las intenciones del gobierno.

«El gobierno francés considera *el poder temporal* como una *condicion esencial de la independencia* de la Santa Sede...

«El poder temporal no puede ser destruido: debe ejercerse en sus *condiciones verdaderas*. Para restablecer ese poder se hizo la expedicion de Roma de 1849. Para manténer ese poder se hallan hace once años las tropas francesas en Roma; y su mision es la de *servir de salvaguardia* á la vez al *poder temporal* y á la *independencia* y seguridad del Santo Padre (3).»

No es eso todo. M. Julio Favre creyó poder decir que, hacia largo tiempo, y por todos sus actos, el Emperador habia condenado el poder temporal del Pontificado, y el presidente del Consejo de Estado protestó contra esa idea en estos términos: «¿Acaso el mismo Emperador no ha rechazado de un modo tan noble como solemne esa estraña acusacion (4.)?»

Para desvirtuar los temores espresados por otro orador, el presidente del Consejo de Estado hizo otra declaracion, y aseguró «que las tropas francesas no se retirarian de Roma hasta que el Santo Padre, confiando ya en sus propias tropas, se juzgara bastante fuerte para

(2) Extracto oficial de 12 de Abril de 1860.

(3) Idem.

(4) Idem.

prescindir del auxilio de nuestros soldados; que el gobierno no queria hacer la esperiencia que pretendió hacer Rossi, porque eso seria contrario á todos sus votos; y, por último, que «*la declaracion del gobierno en este punto era formal* (5).»

Ante este unánime concierto de tantas voces que hablan tan alto y de tan alto, si alguno hubiera venido decirme:

La Francia, protegiendo la persona del Santo Padre dejará al Piamonte que haga contra la soberanía temporal del Papa todo lo que le plazca:

Invadir sus Estados, asesinar á sus defensores, acampar á sus puertas, declarar que quiere por capitula suya á la Ciudad Eterna, y que se hallará en ella antes de que trascurren seis meses;

Lo digo con toda mi alma y con plena conciencia no hubiera creido que fuera posible hacer á la buena y al gobierno de un gran pais una injuria mas sangrienta.

Y si hoy es necesario oír definitivamente en ese sentido todas las palabras que he recordado, lo declaro tambien, mi conciencia queda estupefacta, y yo no sé que pensar de la lealtad y de las palabras humanas (6).

(5) Extracto oficial de 12 de Abril de 1860.

(6) Al mismo que hablaba de ese modo, el gobierno manifestaba, por sus actos, su resolucion de no dejar se le hiciera sospechoso ante aquel pais.

En un comunicado á *El Amigo de la Religion*, el 19 de junio de 1859, se decia que no era solamente la persona, sino tambien «la autoridad política del Santo Padre, levantada por nosotros hace 10 años,» la que el gobierno declaraba hallarse «bajo la guarda respetuosa de nuestras armas.»

Algunos dias despues, el 3 de julio, *El Siglo* imprimió en la cabeza de sus columnas este otro comunicado, no menos significativo:

Pero se dice que las mejores intenciones han sido modificadas por la fuerza irresistible de los acontecimientos! Así lo decís vos, señor vizconde, á vuestro modo: y debo seguiros en esa via. Me obligais á hacer, al seguiros, *mas política* que la que nunca he hecho; pero me veo obligado á ello, y apelo por ello á vos mismo.

.....

.....

(Aquí, el Sr. Obispo, siguiendo la marcha ya indicada, hace ver, con documentos irrefragables, por una parte, que el Santo Padre nunca

«El periódico *El Siglo*, al atacar hoy al pontificado en su poder político, confunde la noble causa de la independencia italiana con la de la Revolución.

«El gobierno del Emperador debe protestar contra esa confusión, que puede escitar las malas pasiones, turbar la conciencia, y engañar la opinion pública sobre los principios de la política francesa.

«El respeto y la atención al pontificado forman parte del programa que el Emperador fué á hacer prevalecer en Italia.

«Los periódicos que tratan de falsear ese carácter de una gloriosa guerra, fallan á lo que hay de mas obligatorio en el sentimiento nacional.

«La independencia política y la soberanía espiritual, unidas al pontificado, le hacen doblemente respetable, y condenan ataques contra los cuales el gobierno hubiera podido invocar la represion legal, pero que ha preferido entregar á la justicia de la opinion.»

En fin, último y espresivo testimonio, *La Union del Oeste* recibia el 3 de Noviembre del mismo año una advertencia, con motivo de un artículo que habia parecido al gobierno «hacer sospechosas las intenciones solemnemente espresadas del Emperador hácia el Santo Padre.»

se ha negado á hacer reformas, y, por otra, que los revolucionarios no han querido nunca que las hiciera, sino que han querido arrojarle de su sitial, apoderarse de Roma, acabar con su poder espiritual y temporal, como lo dicen harto claramente las proclamas de Garibaldi y sus acólitos, que el Sr. Obispo con el mayor dolor transcribe. Despues continúa así:)

IV.

«La invasion de las provincias del Papa, dice el folleto, era, en las miras del Piamonte, un ataque abierto á la reaccion en Roma, que era su centro...»

Os engañais, señor consejero, de un modo completo y muy extraño. En un despacho del 18 de Octubre de 1860, M. de Thouvenel escribió á todos los agentes diplomáticos de Francia, que «S. M. le habia autorizado á decir exactamente lo que habia pasado en Chambery entre él y los enviados del Piamonte, Farini y Cialdini...»

«... Garibaldi iba á seguir libremente su carrera á través de los Estados romanos, y *salvada esta última etapa*, era totalmente imposible impedir un ataque contra el Véneto. El gabinete de Turin solo veia un medio de evitar esa eventualidad, y ese medio estaba reducido á que, tan pronto como la aproximacion de Garibaldi produjera desórdenes en las Marcas y en la Umbría, entrara en ellas el Piamonte para restablecer el orden, SIN TOCAR Á LA AUTORIDAD DEL PAPA, y dar, si era necesario una *batalla á la Revolucion en el territorio*

napolitano, dejando despues á un Congreso el cuidado de fijar la suerte de Italia...»

Hé aquí, señor vizconde, la version *oficial*, que es muy diferente de la vuestra.

Pero ¿cómo, os lo pregunto con la mejor buena fé, la Francia, que tiene tanto interés en conservar en Roma al jefe de la Religion, la Francia, que tanto ha hecho para colocarle allí, la Francia, que le está sosteniendo allí; la Francia, digo, se ha podido dejar persuadir que un general Garibaldi, el mismo á quien ella arrojó de Roma, iba á caer sobre Roma y salvar *esa etapa*, donde estamos nosotros, donde flota nuestra bandera, donde están formadas nuestras tropas? Ante ese temor, la Francia ha bajado su espada, y ha autorizado á Cialdini á pasar la frontera. ¿Creeis, señor vizconde, que Garibaldi es un gigante, y que con un paso, con un golpe que diera, podia tomar á Roma á pesar de la Francia, y pasar el Mincio á pesar del Austria?

Perdonadme que para contestar á esto me vea obligado á descender hasta emplear una palabra que no es episcopal ni política, que es familiar y dura pero que espresa perfectamente mi pensamiento: *hemos sido víctimas, hemos sido engañados*.

Sí; víctimas. y engañados dos veces: engañados sobre la fuerza de Garibaldi, engañados sobre las intenciones del Piamonte. Véanse en prueba los resultados, véanse los hechos.

Garibaldi ni siquiera podia pasar el Garellano. Si los piamonteses no hubieran cogido por detrás al ejército del Rey, si el embajador de Cerdeña no hubiera lanzado sus batallones de Bersaglieri, Garibaldi estaba perdido, rechazado á las Calabrias, tratado acaso muy pronto como un pirata.

No es eso todo. En vez de dar una batalla á la Revolución sobre el territorio napolitano, los piemonteses asesinaron á los defensores del Papa en su propio territorio, y arrojaron sus batallones, reunidos largo tiempo hacia, sobre un puñado de franceses, belgas, italianos é irlandeses.

Hablais con mucha ligereza, señor vizconde, de esa jornada heróica, en la que la sangre francesa ha enrojecido la Italia, derramada por mano de nuestros aliados. No volveré á contar esa lamentable historia. Pero ¿sabéis el servicio que nos ha hecho esa batalla? No solamente ha demostrado una vez mas lo que vale la sangre francesa, sino que ha venido á dar su verdadero carácter á las empresas de los piemonteses. Si; desde Castelfidardo, desde Adcona hasta Gaeta, lo que se adornaba con el nombre pomposo de *movimiento nacional*, ha tenido que tomar su verdadero nombre: es la conquista, es la invasion. Echad la cuenta de las bombas y la de los sufragios: el Piemonte ha lanzado mas bombas que votos ha recogido.

Pero ¿sabéis qué es lo que mas nos admira? Es que vos, que teneis tan gran gusto, un gusto tan generoso en aludir á los despachos de Grammont y acusar al Papa y á los católicos; no tengais ni una palabra de indignacion para los horrores de la invasion piemontesa. Digo los horrores: no hallo otra palabra para espresar friamente mi idea.

Porque, en efecto, ¿qué es lo que hemos visto?

Esas intimaciones hechas al Santo Padre para que desarmase á sus defensores, en el momento mismo en que los que iban á invadir su territorio llamaban á sus pueblos á las armas;

Esa cobarde agresion, sin declaracion de guerra,

enviando el *ultimatum* después de haberse verificado la invasión.

Esas trasformación del derecho mas sencillo de un soberano, que porque se defiende se dice insulta al sentimiento nacional;

Esos pretextos de tropas extranjeras, cuando los que se quejan de ello tienen legiones húngaras, inglesas y polacas bajo sus banderas; esas consecuencias de sublevaciones que se han escitado y de represiones que se han provocado;

Esas proclamas, que añaden á los mas groseros ultrajes órdenes de esterminio:

Esas palabras de *miserables*, de *sicarios ávidos de oro y pillaje*, arrojadas sobre soldados franceses;

Un Rey y su primer ministro que hablan de *las hordas pontificias mandadas por ese Lamoricière*:

Esos ataques, por sorpresa, de un pequeño ejército, por un ejército diez veces superior en número:

Esos boletines de victorias en que Cialdini se atreve á escribir que *habia hecho huir á Lamoricière*;

Esos insultos á los prisioneros franceses, arrastrados á través de las ciudades italianas;

Esas doce horas de bombardeo, con desprecio de todas las leyes de la guerra y del honor, de una plaza que capitula y á la que no protege la bandera parlamentaria;

Esa invasión en plena paz de un reino aliado; esos embarques en pleno dia; esos enganches en todas las ciudades;

Esa comedia diplomática de un ministro, que en tanto que el éxito es dudoso, niega cínicamente su complicidad;

Ese desembarco de Garibaldi, protegido por los buques ingleses;

Ese fusilamiento de los ciudadanos de Milazzo, para dar «un ejemplo saludable;»

Esa proclamacion de la ley agraria, esa particion de los bienes comunales *entre las víctimas y los combatientes de la antigua tiranía;*

Esos 1,500 presidiarios de Castellamare puestos en libertad bajo *su palabra de honor;*

Ese decreto, aun subsistente, que proclama *sagrada* la memoria del asesino Milano;

Todas esas *atrocidades*, en fin, como se ha dicho aun en el mismo Parlamento inglés, y ese asqueroso espectáculo de anarquía y de crímenes.

Y en los Estados napolitanos, ese jóven Rey que tiende vanamente al Rey del Piamonte una mano leal;

Que pide á los Reyes de Europa, cuyo honor el solo sostiene, socorros, y no recibe de ellos sino consejos, y mas tarde no sé qué grandes cordones;

Que da una amnistía y las mas amplias instituciones, y levanta la bandera italiana; pero ve á su alrededor en todas partes á la traicion piamontesa: en la flota, en el ejército, en el ministerio que se le ha señalado, y hasta en su familia:

Un tio que le acusa ante la Italia;

Un Nunciante que se pasa al enemigo y propone á los soldados la disercion;

Un Liborio Romano, esa rara figura de traidor, que acepta de Francisco II el ministerio del Interior, para organizar en él todas las traiciones; que proclama á Francisco II «su augusto señor,» y poco despnes dirige mensajes al «invencible Garibaldi, redentor de la Italia,» y merece y recibe de la mano de Garibaldi, con la espada de honor que le convenia, la misma cartera que le dió Francisco;

Y ese socorro dado á Garibaldi el invencible, batido sobre el Volturno;

Y en el momento en que, desengañado de su confianza y dueño de su valor, el jóven Rey de Nápoles va resueltamente á combatir á las tropas de la Revolucion, verse al mismo Rey piamontés, sin declaracion de guerra, y en tanto que en las dos Cortes estaban aun acreditados sus ministros respectivamente, acudir en auxilio de Garibaldi, sustituyendo, en fin, á la complicidad táctica la audacia de la confraternidad de armas, hollando el derecho público, que ya no protege nada;

Ver esa entrevista del revolucionario y del Rey que le tiende la mano y le dice: ¡Gracias! él, que en el dia del peligro le negó delante de la Europa.

Ver la entrada en Nápoles, en el mismo coche, de ese Rey y de ese pirata;

Ver esa votacion en las tres urnas bajo la presion de las bayonetas y del puñal;

Y el estado de sitio en todas las provincias, á fin de que constara bien la unanimidad de los sufragios;

Y todo movimiento contra el movimiento piamontés castigado de muerte;

Y el grito de *viva Francisco II!* castigado de muerte;

Y los soldados de Francisco II, únicamente por permanecer fieles á su Rey, castigados de muerte;

Y las columnas piamontesas lanzadas en todos sentidos por el país, para llevar el terror y la muerte;

Y los espantosos desórdenes de todos los dias;

Y á Cialdini ordenando *que se fusilara sin piedad á los paisanos*, porque permanecian fieles á su príncipe, al Papa, á su religion, á su país;

Y ese Pinelli, aun mas salvaje, que dice que es pre-

ciso anonadar al vampiro sacerdotal... Sed inexorables como el destino... Contra tales enemigos es un crimen la PIEDAD;

Y por consecuencia, espantosos fusilamientos; De sacerdotes, de magistrados, de mujeres, de niños;

Con los fusilamientos, los bombardeos;

Después del bombardeo de Ancona, el de Cápua, y después el de Gaeta, uno de los mas espantosos de que hace mención la historia de los sitios, dirigiéndose las bombas sobre los hospitales y las iglesias;

Además, los oficiales de la antigua marina de Nápoles llevados ante un consejo de guerra porque, por un resto de honor, se niegan á bombardear á su Rey y á su jóven Reina;

Por último, la traicion que pone fin á esos horrores y á una heróica defensa por la esplosion de los polvorines:

Hé aquí, señor vizconde, una muestra de las atrocidades que han pasado á nuestra vista; y contad que no he dicho todo, ni puedo decirlo todo.

Y, sin embargo, vos, tan severo con el Papa y sus defensores, ¡no teneis una sola palabra para condenar esto!

Sufrid que os lo pregunte:

¿Es por esos actos por los que el Piamonte, algo mas rebelde que el Papa á nuestros consejos, ha merecido tanta proteccion de la Francia?

¿Le debíamos, acaso, tanta impunidad?

Un hombre que tiene algun derecho á la admiracion de M. de La Guéronniére, M. de Lamartine, esclamaba recientemente, con una elocuencia nacida del fondo de su razon y de su conciencia conmovidas:

«¿Debíamos al Piamonte el sacrificio de todo lo que ha

constituído hasta hoy, entre las naciones civilizadas, lo que se llama el derecho público, el derecho de gentes, el respeto de los tratados, la santidad de los límites, la legitimidad de las posesiones tradicionales, la inviolabilidad de los pueblos? ¿Le debíamos el derecho excepcional de invasión en todas las provincias neutrales y en todas las capitales á que sus ambiciosos caprichos le llevan, en nombre de una pretendida nacionalidad que el Piamonte invoca para sí, pisoteándola cuando se trata de los demas?

«¿Debíamos al Piamonte el desbordamiento, sin título, de sus bayonetas en todos los Principados que le convenia de la Italia setentrional?

«¿Debíamos al Piamonte la invasión inopinada de cien mil piamonteses en los Estados del Papa, con el cual no estaba en guerra, y en tanto que nuestras tropas, por su presencia en Roma, parecían deber garantir, al menos, la inviolabilidad de hecho del territorio? ¿Ha sido nunca la bandera francesa insultada con mayor irreverencia, no digo por enemigos, sino por aliados nuestros, á quienes habíamos hecho servicios tan brillantes como Magenta y Solferino?

«¿Debíamos al Piamonte el desembarco escandaloso de un ejército piamontés en Sicilia, en tanto que sus embajadores aseguraban al Rey de Nápoles su respeto hácia sus Estados, y que los embajadores de Nápoles llevaban á Turin una Constitución fraternal, en prenda de paz y de alianza?

«Debíamos, en fin, al Rey del Piamonte el derecho impune de ir á la cabeza de un ejército á perseguir, sitiarse y bombardear á un joven Rey, á quien su edad no habia permitido cometer faltas que escitaran la animadversion de su enemigos ó el juicio de su pueblo? Ese

derecho de las bombas y de las balas sobre la cabeza de Reyes, de mujeres, de niños, ¿ha llegado á ser por ventura el derecho de los Reyes de la misma familia? ¿Es esa la fraternidad de los tronos de un Rey que quiere universalizar la monarquía?

«No, no debíamos nada de esto al Piamonte, aun cuando para legitimar sus enormidades monárquicas esté sirviéndose del bello pretesto de llevar la libertad á los pueblos...

«¿Y qué diplomacia, escepto la diplomacia inglesa, puede obligar á la Francia á ratificar tales atrevimientos contra el derecho de los pueblos?...»

V.

Tal es la triste historia de los dolores del Papa y de los acontecimientos de Italia. Hemos entrado en ese país para arrojar de él á los austriacos, hemos dejado á la Revolución que tome en ella el vuelo, y ha derribado lo mismo á los soberanos que han hecho concesiones que á los que no las han hecho, queriendo, no que los soberanos se reformen, sino que se retiren, á fin de elevar sobre la ruina de sus casas á la Casa de Saboya, que la ha servido de instrumento.

(Se concluirá.)

